

## Sobre ética y moral a propósito de *Cartilla moral* de A. Reyes<sup>1</sup>

Los términos “ética” y “moral” pueden entenderse de varias maneras. Una de ellas es tomarlos como sinónimos, tal como aparentemente hace Reyes en su “*Cartilla moral*”. La justificación de este uso es etimológica: la palabra “moral” viene del latín *mores* y “ética” del griego *ethos*, términos que más o menos aluden a lo mismo: las costumbres pautadas por normas consideradas buenas o correctas.

El uso, no obstante, ha introducido diferencias. Se puede, por ejemplo, distinguir la ética de la moral con relación al grado de universalidad de las normas en cuestión: las morales (así en plural) serían más locales, la ética más universal. De ahí tal vez provenga una segunda distinción, que entiende la moral como referida a los hechos morales (al *factum* de la moralidad, en terminología kantiana), mientras que la ética sería la reflexión filosófica sobre ello (los hechos morales).

La “*Cartilla moral*” de Reyes, en cualquier caso, lleva un título justo. Es “cartilla” en el doble sentido de ser un breve texto destinado al aprendizaje de la lectura, pero a la vez un pequeño tra-

tado, breve y elemental, sobre el tema en cuestión (moral). Sin embargo, y a pesar de estas modestas pretensiones, es un texto notable por la calidad de la prosa (de una sencillez y una armonía poco comunes), y por la síntesis honesta de una doctrina dictada por el sentido común, pero también por siglos de cultura clásica y cristiana, que Reyes conocía muy bien.

La “*Cartilla moral*” no es un ensayo de reflexión filosófica, sino más bien un pequeño tratado de moral, pues si bien toca “los problemas de mayor tradición en la filosofía ética”, no lo hace desde una perspectiva de problematización filosófica, sino de sistematización moral. Es casi casi, se diría, un catecismo laico, aunque insista en “lo explicativo, dejando de lado el enojoso tono exhortatorio, que hace tan aburridas las lecturas morales”.

Como pequeño tratado, la “*Cartilla moral*” es una síntesis perfecta de la moral culta occidental, que es el resultado de las mejores enseñanzas de la filosofía clásica (greco-romana) y de la moral cristiana. Algunos pasajes, en efecto, son casi calca de Aristóteles (como la Lección VI); otros son la traducción laica del corazón de la enseñanza cristiana: “No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan” (Lección X).

<sup>1</sup> *Cartilla moral* (1944), recogida en Alfonso Reyes, *Obras completas* vol. XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, pp. 481-509.

Como moral culta que aspira a la universalidad ética, la de Reyes contiene un conjunto de prejuicios que, hoy por hoy, la misma filosofía occidental pone en cuestión. Sobre todo la idea de la superioridad moral del “civilizado” sobre el “bárbaro”, que es apenas un sobreentendido del texto. Paradójicamente, se puede leer entre líneas en un pasaje que defiende, como debe ser, “el respeto a los reinos mineral, vegetal y animal”, pero con un desconocimiento completo de la superioridad del “salvaje” precisamente en este ámbito. Dice Reyes: “Cuando un hombre que vive en un jardín ignora los nombres de sus plantas y sus árboles, sentimos que hay en él algo de salvaje”. Aunque entendemos que aquí “salvaje” está usado en sentido metafórico (¿?), no deja de denotar el modo de vida del hombre no occidental. Pero es justamente lo contrario. Si Reyes hubiera podido leer *El pensamiento salvaje* de Lévi-Strauss (lo cual, lo sabemos, es una hipótesis imposible cronológicamente hablando), o hubiera conocido mejor las culturas indígenas de América, habría entendido que la ignorancia nominativa y la pobreza taxonómica corresponden más bien al hombre medio de occidente y al pensamiento abstracto de la ciencia occidental, respectivamente, y que el “pensamiento concreto” del “salvaje” es (con mucho) más poderoso en el conocimiento de lo concreto y más respetuoso de la naturaleza en lo moral.

Esto nos lleva a una otra manera de distinguir “ética” de “moral”, que sería una versión distinta de la distinción por grado de universalidad. Su exposición podría tomar la siguiente forma (que cito de memoria de un renombrado ensayista boliviano, Luis H. Antezana J.):

En el peor de los casos, guiarse por las propias normas se llama egoísmo, en el mejor de los casos, moral; la ética sólo comienza cuando se es capaz de reconocer y respetar sistemas de valores y normas ajenas.

En efecto, la filosofía actual ha llegado a reconocer que la imposición de cualquier moral, por muy amplia y válida que sea (digamos, el cristianismo), y por muy civilizada que sea esta imposición (como no lo fue en el largo proceso de colonización de América), termina en la violencia metafísica y cultural (*cf.*, por ejemplo, la obra de E. Levinas). Así, cualquier intento de ética universalista debe incorporar el respeto a la diferencia, y este es el gran desafío teórico y práctico de nuestros días (*cf.*, por ejemplo, los argumentos de la llamada *ética discursiva* de filósofos como K.O. Apel o J. Habermas, o la *ética de la liberación* de E. Dussel, o los problemas filosóficos de la alteridad en la obra de J. Derrida). Y aunque es cierto que no se le pueden pedir peras al olmo (a la obra de Reyes cosas que sólo se han llegado a pensar décadas después, en un camino muy largo y colectivo de autocrítica de la filosofía occidental), ello no impide subrayar esta falta de sensibilidad por la *diferencia* en el pensamiento del gran escritor mexicano, que entre otras cosas le impide entender las razones alternas de la extravagancia. En efecto, al respecto, Reyes se limita a anotar: “No hay que ser extravagante. No hay que hacer todo al revés de los demás sólo por el afán de molestarlos” (Lección XIV). Hoy en día, en cambio, podríamos hablar de un derecho a la extravagancia como derecho a la diferencia. (De hecho, los rockeros más extravagantes pueden tener una

moral mucho más consistente que los señores más respetados. Al respecto, se pueden comparar las posiciones relativas de Marilyn Manson y de Charlton Heston en el documental *Bowling for Columbine* de Michael Moore).

Dos anotaciones adicionales antes de terminar. En su famoso *Eichmann in Jerusalem*, Hannah Arendt cuenta que al asistir de corresponsal al famoso juicio, lo único que de verdad le llamó la atención en Eichmann (un connotado administrador del aparato de exterminio nazi) fue que contestaba a las preguntas del tribunal sin reflexionar, casi mecánicamente, como si estuviera ante un tribunal administrativo y no uno de crímenes de lesa humanidad, mientras descargaba toda su responsabilidad en las órdenes superiores que recibió y que no era quién para cuestionar. Arendt concluye que Eichmann no era un loco, ni un sádico, ni un anormal: simplemente un hombre que no pensaba en sentido reflexivo. De ahí infiere la filósofa judía alemana su idea de la "banalidad del mal": para explicarse el mal radical no es necesario invocar lo

demoníaco o satánico, es suficiente la ausencia de pensamiento.

De ahí se puede concluir que la mejor forma de educación moral es enseñar a pensar reflexivamente, lo que supone poner en duda las propias convicciones y estar abierto a la novedad y la alteridad. La literatura es tal vez el mejor medio para lograr este objetivo, aunque es inquietante pensar que fue uno de los países más letrados del mundo el que admitió el nazismo. En todo caso, como dice A. Candido:

Lejos de ser un apéndice de la instrucción moral y cívica (esta apoteosis mañosa de lo obvio, de nuevo en gran boga), [la literatura] actúa con el impacto indiscriminado de la propia vida y educa como ella –con altos y bajos, luces y sombras–.

Mauricio Gil Q.\*

\* Especialización en Literatura Mexicana del Siglo XX, UAM-A.